

PUNTOS
DE SUSCRICION.

Los mismos que
los del COMER-
CIO.

LA MODA



PRECIOS
DE SUSCRICION.

Para los suscri-
tores á EL COMER-
CIO 4 rs. al mes.
Para los no suscri-
tores 6. Para los de
fuera francas 7.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.

SALE TODOS LOS DOMINGOS.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

REVISTA DE OBRAS PUBLICAS.

Algo pudiera darnos que hacer este epígrafe allá en los tiempos, no muy lejanos por otra parte, en que con efecto se trabajaba en las municipales, mas hoy habremos de salir lucidos con media docena de renglones, y eso aun entrando en consideraciones generales y aplicables por tanto á las mas de las obras hasta ahora emprendidas. No se entienda por eso que dejemos de tener alguna flamante y que pueda servirnos como de verbigracia, pues al cabo dias ha que hemos echado á un lado esta cuestion para ocuparnos de otras de no mayor importancia.

Ahora bien, la primera dificultad con que debieron topar cuantos se han enargado de la direccion de ciertas obras públicas ha sido el que los edificios servian ya antes para otras cosas, pues de estos entiendo que han de ser como los sombreros, que no vienen bien sino para la cabeza de su amo, y cuando los ensanchan ó los estrechan para otro siempre quedan feos. Por otra parte, aqui se han subordinado los pensamientos á condiciones de otra naturaleza diferente y por lo mismo no se encuentra en los proyectos la unidad debida. De una y de otra cosa tenemos ejemplos antiguos y recientes. Entré los primeros campea la academia de Bellas artes que no ha podido perder sus inconvenientes de convento, y su estrechez, y sus techos bajos, y que despues de todo lo que se ha espendido alli ni tiene un salon decente ni un patio bueno ó malo para que los alumnos esten á cubierto de las aguas y vientos mientras se les da la señal de subir. Quisose alli ademas establecer prevenciones para la milicia nacional, y como todo habia de entrar en el mismo edificio, hubo de resultar forzosamente que su fachada ni es propia de academia ni de cuartel por lo mismo que habia de ser ambas cosas á un tiempo.

De esto que no es facil se me niegue, tenemos otro ejemplo recientísimo, y en él las propias causas han producido idénticos resultados. El ex-convento de Capuchinos, hoy Asilo de mendicidad, podia hasta cierto punto disimular las molestias é inconvenientes de su viciosa distribucion allá en tiempo de sus antiguos inquilinos, y aunque hay salas no mas elevadas de puntal que madrigueras de conejos, al cabo no es aquella ninguna mansion de las artes, ni los forasteros curiosos han de buscar en aquel útil establecimiento ningun recuerdo artístico. Esto no obstante ha sido forzoso emprender la obra de correccion de su fachada, y aqui precisamente es donde se ha tropezado con dificultades insuperables de todo punto, segun lo demuestra la sola razon, y que con mas evidencia han hecho ver los resultados.

Sabido es que el ex-convento no presentaba fachada exterior alguna, por lo mismo abrióse una puerta en el punto que se pudo de la tapia, y ahora ha sido forzoso poner esta en armonía con la del claustro de la iglesia. Una y otra se hallaban muy inmediatas á las estremidades del edificio, por lo mismo la nueva pared no presenta en su centro sino un lienzo todo blanco y uniforme con ventanas figuradas que especialmente á distancia no interrumpen la monotonia general; cosa tanto menos agradable cuanto que la fachada no es perpendicular á la direccion del campo. Por otra parte allí hay una iglesia, pero iglesia vergonzante que no se ha de manifestar al esterior, de forma que el aspecto que ha de dársele es realmente indefinible. ¿Quién pues acierta á agecutarlo?

Siendo esto asi no es mucho que el señor Vega, (á quien suponemos autor del proyecto) no es mucho repetimos que este recomendable artista, cuyos conocimientos y buen gusto hemos celebrado otras veces, haya tenido que sucumbir á tantas dificultades, ante las cuales suponemos no fueran poderosos todos los talentos de Miguel Angel si para ello solo viniese otra vez al otro mundo. La ar-

quitectura de remiendos no debe ser cosa para que nadie se luzca.

F. F. A.

UN VIAGE.

Era yo el sexto en el interior de una diligencia; tres días y dos noches me quedaban aun de encierro en aquel tabuco de cuatro ruedas. Gracias á una de las mas raras casualidades, tenia por compañeros de infortunio gente vivaracha y bien educada.

La conversacion vino á rodar sobre los peligros á que cada uno de nosotros se habia hallado espuesto: uno que era marino habia naufragado por tres veces; y cierto dia, al dar un abordaje en el mar de las Indias, habia sido precipitado en las aguas á muy pocas brazas de las caberosas fauces de un tiburón: un oficial de zuavos, hecho prisionero por un beduino, iba á ser decapitado; ya penetraba el fatal yatagan por entre las vértebras de su cuello, cuando vino á su salvamento una bala francesa que destruyó la cabeza del árabe: un tercer interlocutor se habia visto arrojado á una altura prodigiosa de resultados de la explosion de un paquete de vapor americano.

Por lo que á mí hace, señores, dijo un jóven flaco y pálido, que hasta la sazón se mantuviera silencioso, jamas he navegado; tampoco he visto el fuego de los combates, y sin embargo me he hallado en una situacion mas crítica tal vez que cualquiera de ustedes; á lo menos tenia el mérito de la novedad.

No ha muchos años que me encostraba en Bruselas: emprendedor temerario, ávido de sensaciones violentas intenté, junto con un amigo mio, verificar una ascension aereostatica.

A la hora fijada mi compañero faltó á su palabra; yo solo me disponia á abandonar la tierra, y ved aquí á un desconocido que saliendo del círculo de los espectadores, me suplicó le permitiese acompañarme. Tan activas fueron sus instancias sobre el particular; tantas sus promesas y juramentos de conformarse punto por punto á cuanto le prescribiese, que accedí por fin en admitirle.

Abalanzóse á la barquilla; su ademan era radioso; inmediatamente hice soltar las amarras, y á los pocos segundos sobrepujábamos ya las cimas de los árboles.

Mi compañero no manifestó el menor síntoma de inquietud: iba sentado dentro de nuestro frágil y peligroso asilo con la misma calma y sangre fría que si estuviese repantigado en la mas cómoda butaca procurándose el reposo que exige la digestion de una comida succulenta. Semillante al volátil parecia deleitarse en su elemento. Con objeto de facilitar nuestra ascension, vacié un saco de are-

na de los que me habia pertrechado: mi accion pareció embelesarle y me suplicó que me deshiciese del lastre restante.

Me resistí; insistió; preguntéle entonces de que provenia su empeño en querer remontarse á tanta altura.

—Temo que me reconozcan, me contestó.

Ya me creí tener que habérmelas con un ento original que habia emprendido aquel viage aéreo por efecto de una testerada, por un movimiento impremeditado, y que se sentia con temor de que el suceso llegase á noticia de algun pariente suyo; mas le aseguré que bien podia ir descansado, porque desde la tierra no distinguirían su fisonomia.

Sordo á todas mis razones, me apremió con nueva vehemencia á que aligerase la barquilla de su lastre.

El negocio era imposible; nos encontrábamos ya muy elevados; el viento nos impelia hácia la marina; y yo sentia en mis adentros cierto desasosiego: mandéle con toda formalidad que se tranquilizase y se estoviesse quedo.

Murmuró entre dientes ciertas palabras interrumpidas y luego ví que arrojaba al aire su sombrero; quitóse acto continuo la levita y la hizo seguir el camino que recorriera el sombrero.

Bien! muy bien! ahora iremos algo mas descargados, subiremos mejor. Y empezó á desanudar su corbata.

—Pues ¿qué es eso? le grité; si aunque nos observen con telescopio, no pueden saber desde abajo quién seais.

—Que no os lisonjee mucho esa idea, me replicó; buena vista tienen en casa del doctor Van Espeen.

Tal era el nombre de un médico que dirigia un establecimiento sanitario célebre y consagrado especialmente á la curacion de las enfermedades mentales.

—Por ventura, le dije, ¿conoceis al señor doctor Van Espeen?

—Toma si le conozco! Dos años he pasado alojado en su casa, donde se me ha prodigado toda suerte de malos tratamientos; allí me han sangrado, purgado, rociado con agua fresca, en fin, se me ha atormentado sin cesar. Jamás fuí allí dueño de mis acciones: allí vivia como en una mazmorra. Esta mañana he conseguido escaparme de aquella condenada mansion; ahora estoy tranquilo; ya no me verán mas en ella.

Ciertos eran los toros; me hallaba en compañía de un demente, dentro de una débil barquilla levantada por un globo aereostático y á una elevacion de mil á mil quinientos metros. Un momento permanecí anonadado, yerto de pavor. Un rapto súbito de mi camarada, una velocidad fúnebre de parte suya, una lucha entre nosotros, cualquier accidente de estos conducia á la perdicion de uno de los dos. El repetia con furor su grito que

con tanta alarma me impresionaba: ¡mas arriba! ¡mas arriba! ¡mas arriba! y se desnudaba á toda prisa, y en seguida echaba al aire los vestidos. Yo le miraba con ojos embrutecidos; ni siquiera le hice la mas mínima observación; barto conocia yo que todo trabajo era perdido, y temia encolerizarle.

Juzguen ustedes de mi estado, cuando aun bien no se habia quitado las medias le veo volverse hácia mí y mirándome de arriba abajo con ojo feroz, le oigo pronunciar en tono de convicción:

—Aun nos quedan diez mil leguas por andar; preciso es que uno de los dos se deshaga del compañero.

Sus cabellos se erizaban, sus manos se contraían: él era por otra parte de complexion mas robusta que la mia, y por lo tanto no me era dable pensar en oponerle resistencia alguna.

A llevar conmigo una pistola ó un puñal no hubiera vacilado en abrasarle los sesos, ó traspasarle el corazon de una estocada que la misma desesperacion hubiese asegurado. ¿Creerán ustedes tal vez que el moralista mas austero se hubiese sentido con derecho á reprobar esta accion?

Jamas me sugiriera la fantasía otra situacion parecida á la mia, ni aun entre las congojas de la pesadilla, ni en medio de los delirios de una imaginacion despavorida.

Hubiese preferido hallarme abandonado á un antropófago; hubiese deseado verme cara á cara con un tigre en ayunas; todo lo que se quiera, antes que contemplarme allá, á la merced de un insensato para con quien era superfluos los ruegos, las súplicas, las observaciones, los discursos.

Sin que intentara impedirselo, le ví coger y precipitar nuestros tres sacos de lastres; el globo subia entonces con una velocidad mas y mas aterradora; alcanzaba ya una region á la cual jamas hubiese imaginado poder llegar: la tierra habia desaparecido; apiñados nubarrones iban dando vueltas debajo de nosotros, ascendian sobre nuestras cabezas, se cernian en derredor; un frio mortal embargaba todo mi cuerpo. Y continuabamos subiendo.

El loco se mostraba descontento y hablaba consigo mismo. Nosotros no vamos allá, no vamos allá, susurraba entre dientes. De repente me volví á clavar la vista y dije:

—¿Sois casado? ¿Sois padre?

—Tengo una esposa jóven y nueve tiernos hijitos que mi muerte dejará sin pan, contesté con la presteza que pude.

—Y yo, exclamó acompañándose de una espantosa risotada, y de un resplandor en sus pupilas que hizo crisar todas mis carnes, tengo trescientas esposas; yo tengo cinco mil hijos, y á estas horas me tendrian en su seno como el doble peso que arrastra el globo no amainase su vuelo; tanto

retardo me ecespera.

—Diantre! repliqué á la aventura y siempre ansioso de ganar tiempo ¡cierto que vuestra familia es muy numerosa! ¿Y donde vive?

—En la luna, y allá voy yo, y allá haré mi desembarco una vez me haya librado de tí. Vamos, me causas estorbo; sobrado tiempo te he sufrido; largo y aprisa.

El globo se remontaba con nueva rapidez.

Nada mas oí; echóseme encima: yo sentia el círculo de hierro que sus brazos me formaban, senti que mis pies huian del suelo.

En el mismo instante resonó un alarido horrendo; una terrible sacudida nos tumbó. Enganchábase la diligencia con la rueda de una pesada galera, y dió vuelco; nosotros fuimos á rodar en confuso peloton, siendo por último depuestos al fondo de un barranco cuajado de lodo espeso y mas negro que la tinta.

Los mas salimos bien librados con algunas contusiones asaz ligeras; mas el aereonauta cuya narracion fuera tan bruscamente interrumpida, sacó un brazo roto, en razon de haberse dado al caer contra un pedernal.

Acomodamos á aquel caído en el primer lugar donde hicimos alto; allí se le puso en manos de un curandero que probablemente acabaria de estropearle.

—Desde entonces no he vuelto á saber de él.

A él me dirijo por medio de la prensa á fin de que me instruya en el cómo salió de un mal paso tan temible=G.

TEATRO DEL BALON.

HALIFAX, O PICARO Y HONRADO.

Por fin, segun digimos en nuestra anterior revista, á la tercera fué la vencida: por fin nos dieron el Lunes á Halifax con su prólogo y todo, parapetado ademas con el ilustre nombre del malogrado Alejandro Dumas, el cual ha hecho bien en morirse, por no ver que le cuelgan semejante enjendro, que de seguro no ha leído siquiera, y en lo cual por otra parte le alabo el gusto. Mas como no sea regular que por solo estas mis palabras se juzgue el drama que hoy nos ocupa, habrá de disimuláisenos entremos en algunos detalles, aunque solo sea en justa vindicacion de la memoria del gran dramático bajo cuyo nombre ha salido á luz este dije.

Los dramáticos modernos han oido decir sin duda que hay dramas con una cosa que se llama prólogo, y que este prólogo va antes que los otros actos; y aunque no han profundizado un

punto mas acerca de la verdadera esencia de un prólogo ni conocen los casos en que puede ser necesario, allá rompen por todo y nos espetan un acto mas bautizado con el nuevo nombre, que sin duda entienden ha de autorizar el drama. He aquí precisamente lo que acontece con Halifax. Este, es decir el protagonista, aparece en una especie de fonda ó de taberna de lugar, adonde llega un Lord disfrazado, con el piadoso objeto deshonorar á viva fuerza á una jóven que se habia alojado allí, y á la cual el tal Lord venia siguiendo para acechar una coyuntura. Traban conversacion ambos, esto es, el forastero y Halifax, juegan á los dados, y este último gana al otro con fullerias alguna cantidad de dinero. De sus resultados hay un desafío á pistola estando una sola cargada, y como la suerte proteja á Halifax, este exige por su vida al contrario doscientas libras esterlinas, las cuales son pagadas inmediatamente. No obstante, tratando el Lord poco despues de llevar á cabo sus malos deseos con respecto á la jóven, acude el otro duelista á su defensa, sacan las espadas, riñen, y en medio del combate cae el telon, concluyendo así lo que el autor quiere llamar prólogo así como habia de llamarle otra cosa.

Dos ó tres dias despues ya estaba la jóven de la taberna y su hermana de leche en su casa á sesenta millas de Lóndres, de donde á poco llega un pícaro viejo verde llamado si mal no me acuerdo el Baron de Dumbar, al cual le agrada la susodicha hermana de leche mas de lo que parecia razon; mas como el condenado viejo no se para en barras, resulta que para llevar adelante su mal propósito solicita de Halifax (que ahora salimos con que es su mayordomo ó cosa así) el que se case con la chica, sirviendole así de editor responsable para sus calaveradas. El presunto novio, que era en todo lo demás un redomado pícaro, reusa no obstante la intervencion matrimonial de su amo; pero este sabia que él habia muerto al Lord allá en el prólogo, y merced á esto y al mucho dinero que se le ofrece, acepta por fin en la confianza de que la muchacha le dará calabazas, presuncion tanto mas fundada cuanto que él ignoraba de todo punto que ella estuviese enamorada de él por haberle visto ántes no sabe donde. La boda pues se arregla, bien contra la voluntad del contrayente, y aquí empiezan las exigencias del viejo Baron, que con los necios ardidés que Halifax pone en juego para neutralizarlas constituyen el nudo del drama. Al cabo, y cuando Dumbar resuelve hacer aborrear á su criado para echar por la calle del medio, resulta que gracias á un collar trasconejado, que es el gran ressorte dramático de todo autor de brocha gorda, llega el Baron á reconocer en la muchacha á cierta hija de contrabando habida á salto de mata allá en

los fogosos años de su juventud; cosa en la cual se engaña de medio á medio, puesto que la verdadera hija es la hermana de leche. Esta se casa, ó por mejor decir lo estaba ya, con un sobrino del viejo, y Halifax, una vez perdonado como era regular, entra con pie derecho en los caminos matrimoniales sin temor de Cirineos que le ayuden á llevar la carga.

Que el argumento es malo, eso dicho se está ya una vez leida la anterior reseña, y aunque Dumas no siempre haya escrito obras buenas, siempre al traves de sus mayores estravíos nos ha dejado sus producciones todas marcadas con el sello de su superior talento. De aquí es que no me resuelvo á creer suyo el drama en cuestion, aunque me lo diga el traductor, y aunque viese su propia firma legalizada por escribanos.

Como el interes es nulo, y como tampoco tiene otra clase de atractivos que se lo hagan perdonar, resulta que en el Balon no hizo efecto alguno, y eso que en pocos teatros se aplaude con mas buena fé y con menos preocupacion que en este. Además, la egecucion fué bastante regular; cosa que pudiera preverse si se atiende á que caracteres de la especie de su protagonista son aquellos en que el señor Caravaca está mas en cuerda.

La concurrencia fué escasísima, y esta era otra cosa mas facil de prever todavia que la anterior.

F. F. A.

SECCION DE NOTICIAS.

MADRID.—Ha llegado á esta corte el señor Marchetti, primer tenor, ajustado por la empresa del teatro del Circo.

—La sesion última que el Domingo pasado dió el Liceo Artístico, fué de música: pobre música de la *Semiramide*. . . los cantantes estuvieron flojos; algunos de ellos tuvo miedo; y la orquesta. . . era mucho el calor que hacia en el salón. . .

CRONICA ESTRANGERA.

HAVRE.—El teatro de esta ciudad se ha incendiado en la noche del 29 al 30 de Abril, en el momento que se habia acabado la representacion de *Roberto el diablo*. El director Fortier, que tenia su habitacion en el mismo teatro, ha perecido de un modo deplorable arrojándose por una ventana. Este teatro se habia abierto por primera vez el 22 de Agosto de 1823, costando á la ciudad una suma que se evalua en 1.600,000 francos, y no estaba asegurado.

Imprenta de EL COMERCIO, calle del Vestuario, número 97,